RICARDO GULLON

RELACIONES AMISTOSAS Y LITERARIAS ENTRE ANTONIO MACHADO Y JUAN RAMON JIMENEZ

Entre Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado, aun siendo tan distintos, las diferencias eran menores que las coincidencias. Desde muy pronto se estableció entre ellos una relación cordial. Ambos eran andaluces, pero procedentes de lugares y grupos sociales distintos. Juan Ramón era de Moguer y pertenecía a una familia de negociantes prósperos; Antonio Machado nació en Sevilla y su padre vivía en situación poco holgada; por intentar mejorarla pasó a Puerto Rico, donde enfermó y hubo de ser repatriado a España para morir.

Juan Ramón, de niño, fue mimado por sus padres, quienes favorecieron su vocación tan pronto como se manifestó. Cuando llegó la hora de escoger carrera el padre quiso que estudiara la de Derecho, pero sin gran convicción, pues en cuanto el chico, al sufrir el primer fracaso, mostró deseos de abandonar los estudios para dedicarse a las letras, nadie objetó seriamente este propósito. Antonio Machado, en cambio, estudió carrera para vivir, siquiera modestamente, hubo de acogerse a las inevitables oposiciones y constituirse en catedrático de francés, primero en Soria, luego en Baeza y por último en Segovia.

Es sabido también que Juan Ramón encontró siempre quien le cuidara. En la etapa juvenil de su estancia en Madrid, el Dr. Simarro le tuvo a su cargo en el Sanatorio del Rosario, y al morir su esposa le llevó a su casa y le albergó en ella durante más de dos años. A partir de 1916, y durante cuarenta años, tuvo en Zenobia Camprubí Aymar mujer abnegada, que desempeñó también funciones de madre,

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS BIBLIOTECA

agente de negocios, secretaria y chófer, cuando hizo falta. Machado no tuvo suerte en el matrimonio. Casó en Soria con la joven Leonor Izquierdo, quien enfermó a poco de casada y murió pronto, dejando a don Antonio triste, envejecido y solo. Aunque esa soledad fuera aliviada, más adelante, por la Guiomar de sus últimos versos, entre uno y otro amor vivió larga etapa de soledad en tres pueblos españoles.

Fue don Antonio provinciano por necesidad y universal por vocación y destino. En la universalidad coincide con Juan Ramón, y de ello tuvo lúcida conciencia, pero no en el provincianismo, ni siquiera en el castellanismo, pues discrepaba instintivamente de estas aproximaciones a lo tradicional y castizo de la patria.

El castellanismo le parecía a Juan Ramón tentación condenable, por cuanto implicaba de limitación y sujeción a un tradicionalismo de corto vuelo poético, y, según podrá verse en las cartas que siguen, Antonio Machado no ignoraba que su mejor poesía era otra. Lo mejor de ambos está en la poesía que pudiéramos llamar interior, pues como Rubén Darío dijo a Juan Ramón, «iban por dentro». No sería difícil reunir en un volumen poesías de los dos reveladoras de esa sustancial afinidad.

No parece menos intensa la dedicación a la poesía del uno que la del otro, pues aunque en apariencia la de Machado fuera menos exclusiva, por dedicarse a sus clases y a otros trabajos, en verdad su fervor en nada cedía al del amigo. Rafael Alberti escribió:

> Si Antonio Machado era el hombre alejado y perdido en provincias, Juan Ramón Jiménez es el hombre alejado y perdido en un piso. Su vida se desenvuelve en la monotonía de un bienestar burgués. Su tiempo se le ha pasado mirando las madreselvas, los malvas y los verdes del crepúsculo. Su encierro voluntario, con salidas momentáneas al mar, es la consecuencia de la vida española tirante y agria en los finales de la monarquía. No quiere enfrentarse con ella, como Lope hizo. La rehuye y, al rehuirla, él y los que como él hicieron, nos escamotearon una interpretación de varios años de historia de España. Punto de partida de mi generación son estos dos poetas [1].

[1] Fragmento de un artículo de Rafael Alberti, publicado en *Revista Cubana*, de La Habana. No he podido precisar la fecha.

Este párrafo de Alberti fue comentado por Juan Ramón: «Es verdad» —anota— y más adelante: «Aquí Alberti es honrado. Dice las cosas como son. Me gusta esta clase de crítica. Odio al adulador impenitente y lo desprecio» [2].

Y en verdad, según apunta el autor de *Sobre los ángeles*, ellos dos y Unamuno fueron punto de partida para la nueva poesía. Don Antonio siempre con acento menos «moderno», lo que no quiere decir menos actual y permanente, mientras en Juan Ramón la voluntad renovadora se hizo más fuerte conforme pasaban los años. Hay en ellos una profunda inclinación a utilizar los símbolos como medio de expresión lírica, y, aunque con inflexión diferente, se mueven con desembarazo por el terreno de lo simbólico. Es natural, dada la inclinación interiorizante acabada de subrayar.

La mutua estimación es buen fundamento para la amistad. Estimarse antes de conocerse es excelente manera de entrar en relaciones, y así ocurrió en este caso. Cuando se conocieron personalmente, ya se habían leído y reconocido. Como veremos en seguida hay pruebas inequívocas de ese reconocimiento y de la estimación consiguiente. Tal vez en el primer momento les acercó una similitud de carácter que no verán los distraídos: los que sólo se fijen en el atuendo distinguido del uno y el desaliño del otro; en la actitud, algo alejada, de aquél y la bondad operante de éste. Pero a lo que hay que atender es al idéntico arraigo de la vocación; a la autenticidad; al lirismo soterrado y hondo que dice en pocas palabras lo sustancial de los sentimientos. En la poesía descubrieron la similitud de éstos y se reconocieron semejantes en nostalgia, vaga tristeza, amor a la naturaleza y sensibilidad hacia cuanto fuera bello, misterioso y profundo. Pues son dos poetas del misterio. Rubén lo dijo, esta vez de Machado, pero aquí también el calificativo puede ser aplicado a los dos.

Traen el mismo camino. Vienen de Bécquer y de Rosalía; les atrajo un momento Rubén Darío y luego siguieron cada cual su vía, sin titubeo, sin dejarse desviar por influencia ni modas. Crearon su poesía desde sí mismos y en lo mejor de ellos: el fervor y la penetración en las galerías del alma.

Su amistad comienza en 1902. Cuando Juan Ramón fue a Madrid en la primavera del año 1900, los hermanos Ma-

---

[2] Nota autógrafa que se conserva en la Sala Zenobia-Juan Ramón de la Universidad de Puerto Rico, bajo el recorte del fragmento de Alberti arriba transcrito.

chado no estaban allí. Se hallaban en París trabajando para la Casa Garnier y no volvieron a España hasta después del regreso de Juan Ramón a Moguer. En el primer viaje a la Corte del que iba a ser «andaluz universal», su acompañante y mentor fue Francisco Villaespesa, quien más adelante se ocupó de la impresión de los primeros libros juanramonianos: *Ninfeas* y *Almas de violeta.*

Juan Ramón pasó a Madrid en mayo de 1901, camino de Francia, y un año después, tras la estancia en el Sanatorio de Castel d'Andort, en Le Bouscat, se instaló de nuevo en el Sanatorio del Rosario, calle Príncipe de Vergara, de Madrid, en un lugar que entonces era casi campo.

En ese momento comienzan a visitarle varios poetas y escritores, en su mayoría de su misma edad, deseosos de relacionarse con quien ya en aquellos momentos aparecía como figura destacada de la joven poesía. «Ya estaban en Madrid los Machado —cuenta Juan Ramón—, mayores que nosotros en edad y en todo, firmes sostenes de la poesía nueva.»

Cansinos Assens ha publicado una curiosa versión de una de estas visitas al Sanatorio del Retraído (como Juan Ramón decía). En esa página encuentro una interesante versión de cómo vivían los Machado, y me parece vale la pena recogerla. Cuenta Cansinos:

> El domingo, pues, un domingo soleado de invierno, un verdadero domingo, dirigíme a casa de los Machado, donde era la primera vez que entraba. Vivían los Machado en el segundo piso de un gran caserón viejo y destartalado, con un gran patio lóbrego, donde el sol se perdía y el frío del invierno se encontraba de pronto. Volvía a recuperarse el sol al entrar en la gran sala cuadrada, con balcón a la calle, tan anegada en claridades cristalinas que al principio deslumbraba y no dejaba ver. Voces juveniles y efusivas me acogieron. Ya estaban allí todos, es decir, Villaespesa, Antonio de Zayas —duque de Amalfi— (¡un duque!), el poeta diplomático de *Joyeles bizantinos*— y Ortiz de Pinedo, un joven poeta, aún todo en blanco, cual yo mismo. Uno de los Machado, creo que Antonio, en mangas de camisa, se estaba acabando de afeitar ante un trozo de espejo, sujeto a la pared, como los que se ven en las carbonerías. La habitación destartalada, sin muebles, salvo algunas sillas descabaladas, con el suelo de ladrillo, salpicado de colillas y las paredes desnudas, tenía todo el aspecto de un desván bohemio. Eran tan pocas las sillas, que algunos permanecían de pie. Allá dentro, tras

una puerta lateral, sonaban voces femeninas. El sol, un verdadero sol de domingo, era el único adorno de aquella habitación que parecía una leonera de estudiantes. El sol y el buen humor juvenil [3].

El contraste entre los medios más bien bohemios en que se movían los Machado y el ambiente aséptico, silencioso y hasta elegante en que vivía Juan Ramón, es destacado por Cansinos, quien subraya igualmente el contraste entre las maneras de buen tono del poeta moguereño y «la efusividad popular de Villaespesa». Pero el dato más importante de cuantos comunica el cronista es el relativo al diferente interés que Juan Ramón prestaba a unos y otros visitantes: «Su atención —dice— se dirigía más bien a los Machado, sobre todo a Antonio, grave y discreto.» Después que Juan Ramón les leyó unos versos, Antonio Machado le dijo: «Tiene usted la flauta de Verlaine» [4].

Tales fueron los comienzos de una relación, no sólo literaria, sino personal, entrañable y viva. La admiración mutua fue base duradera y sólida de esta amistad. Ya había recibido Juan Ramón muestra de aquélla, pues con motivo de la publicación de *Ninfeas*, Antonio Machado le había dedicado un poema, que hasta la fecha no he logrado encontrar, pero al cual se alude en una nota autógrafa conservada en la Sala Zenobia-Juan Ramón de la Universidad de Puerto Rico. En otra nota, puesta a máquina y unida a las carpetas que Juan Ramón rotuló «Críticos y líricos de mi ser», consta lo siguiente:

> Antonio Machado me escribió otros dos poemas, uno sobre *Ninfeas* y otro sobre *Jardines lejanos*, que se publicó en el número antológico de la revista *Renacimiento*, Madrid, 1908, dirigida por nuestro fervoroso Gregorio Martínez Sierra. El primero ha seguido inédito hasta ahora. Espero poder publicarlo en otros volúmenes de *Vida* como los de Rubén Darío [5] y los de otros poetas y críticos, amigos y enemigos, que ahora no sé quién los tiene.

---

[3] R. Cansinos Assens, «Juan Ramón Jiménez», *Ars* (San Salvador), núm. 5, abril-diciembre, 1954.

[4] *Ibid.*

[5] Rubén Darío, *Cartas y Versos a Juan Ramón Jiménez*, Biblioteca de Indice, Madrid. Anunciado en la colección, pero no publicado. Al menos no he logrado ver ejemplares de este libro.

El 16 de marzo de 1901 había comenzado a publicarse en Madrid la revista *Electra,* en la que, según creo, por vez primera la generación modernista hacía acto de presencia colectiva, sin someterse a la dirección de sus mayores. Apostillando la copia mecanografiada de una carta de Jacinto Benavente, en que le dice: «En *Electra* tengo el gusto de leer composiciones suyas», Juan Ramón escribe:

> La revista *Electra* la hacía Francisco Villaespesa con los Machado, que acababan de volver de París y a quienes yo no había tratado aún. Yo estaba entonces en Moguer, de vuelta de mi primer viaje a Madrid. En *Electra* dieron Manuel y Antonio Machado versos suyos antes de publicar sus libros *Alma* y *Soledades,* y yo algunos poemas como «La canción de las niñas» y unos sonetos alejandrinos, muy influido todo por Rubén Darío, que no recogí nunca en libro.

Recuérdese que es en mayo de 1901 cuando Juan Ramón pasa a Francia, y *Electra* empezó a publicarse el 16 de marzo del mismo año. El último número de la revista es el nueve, correspondiente al 11 de mayo. La publicación era semanal. Se publicaron en ella, efectivamente, varios trabajos de Juan Ramón Jiménez: «Las niñas», anunciado como del libro en prensa *Besos de oro;* «Mística»; «Paisaje del corazón» y «Mística», segunda poesía con el mismo título. De Antonio Machado aparecieron varios poemas sin título, bajo la rúbrica genérica: «Los poetas de hoy»; «Del Camino». Entre los restantes colaboradores figuran: Villaespesa, Maeztu, Unamuno, Salvador Rueda, Baroja, Valle-Inclán, Manuel Machado y Azorín, que entonces firmaba todavía José Martínez Ruiz.

En 1903 publica Antonio Machado su primer libro: *Soledades,* y en él encontramos un «Nocturno», dedicado a Juan Ramón Jiménez, y más tarde no incorporado al tomo de *Poesías completas.* Dámaso Alonso lo recogió en un artículo aparecido en el número de *Cuadernos Hispanoamericanos* dedicado a Machado[6]. Aquel libro fue comentado por Juan Ramón Jiménez en un artículo que apareció en *El País,* 1903. Pero, además, en el ejemplar de *Soledades* que perteneció a Juan Ramón (y que aparece muy subrayado por mano del

---

[6] Dámaso Alonso, «Poesías olvidadas de Antonio Machado», *Cuadernos Hispanoamericanos,* núms. 11-12, septiembre-diciembre, 1949, Madrid.

poeta) figura en la antepenúltima página una nota autógrafa de Juan Ramón que dice así:

> Es consolador que en estos tiempos de «concursos poéticos» de *El Liberal* se publiquen libros como éste. Y sin embargo, con qué desdén mirarían a Antonio Machado los señores Balart, Zapata y Blasco y los poetitas premiados por esos buenos señores, si se encontraran en su camino! Lo que yo no concibo es que la gente sea tan bruta. Me regocijo íntimamente pensando en la desdeñosa sonrisa de Zapata al leer este libro.

Como el lector podrá comprobar cotejando estas líneas con el comienzo del artículo publicado en *El País*, Juan Ramón repite sustancialmente en el texto impreso lo apuntado en la nota autógrafa.

1903 es también el año de *Arias Tristes*, publicado por la librería de Fernando Fe, en Madrid. Y a su vez Antonio Machado publicó en *El País* un comentario extenso, sin duda de los más sagaces que se dedicaron a esa obra de Juan Ramón Jiménez. Me parece exacta su apreciación de que:

> Ese libro es la vida que el poeta no ha vivido, expresada en las formas y gestos que el poeta ama. Así, tal vez, quisiera vivir el poeta.

La clarividencia de ambos se revela ostensiblemente en los dos artículos citados, muy distintos, por la penetración y el tono de sinceridad con que están escritos, a los que en trances tales suelen dedicarse los escritores primerizos, en legítimo esfuerzo de mutuo apoyo.

En 1903 comienza a publicarse la revista *Helios*, de que fue animador prominente Juan Ramón Jiménez [7]. Nacía bajo

---

[7] En carta de 1902, dirigida a Rubén Darío, le decía Juan Ramón:

> Querido maestro: Cinco amigos míos, y yo, vamos a hacer una revista literaria seria y fina: algo como el *Mercure de France*: un tomo mensual de 150 páginas, muy bien editado. Nosotros mismos costeamos la revista; así, puedo decir a usted que vivirá mucho tiempo; es cosa madura y muy bien calculada. Nada de lucro; vamos a hacer una revista que sea alimento espiritual; revista de ensueño; trabajaremos por el gran placer de trabajar. En fin, basta esta afirmación: es una cosa seria.

la dirección conjunta de cinco escritores, que por el orden con que aparecen sus firmas en el artículo inicial eran los siguientes: Pedro González Blanco, Juan Ramón Jiménez, Gregorio Martínez Sierra, Carlos Navarro Lamarca y Ramón Pérez de Ayala. En el primer número se publicaron cinco poemas de Juan Ramón, correspondientes a *Arias Tristes*, y una reseña de *Peregrinaciones*, de Rubén Darío; en el segundo y sucesivos siguen apareciendo trabajos del poeta moguereño y en el cuarto comienza la colaboración de Antonio Machado, con los cuatro poemas siguientes: «El poeta visita el patio de la casa en que nació»; «El poeta recuerda a una mujer desde un puente del Guadalquivir»; «El poeta encuentra esa nota en su cartera»; «Y estas palabras inconexas». En este fascículo se incluye una breve reseña anónima de *Soledades*, que acaso sea de Martínez Sierra, autor de la inserta a continuación, pues en algún otro número se sigue el sistema de no firmar sino una vez cuando dos notas seguidas son de la misma pluma.

En las cartas de Antonio Machado se podrá comprobar que era Juan Ramón el receptor, y probablemente el solicitante de los originales machadianos.

En el número ocho de la revista se publicaron nuevos poemas de Machado, y de los más hermosos, por cierto. Entre ellos figura: «Y era el demonio de mi sueño» y «Desde el umbral de un sueño me llamaron». En el número once, aparecido en febrero de 1904, y último de la publicación, volvemos a encontrar poesías suyas. Es un grupo de cuatro:

Yo agradecería a usted infinitamente que nos enviara algo de lo que haga o tenga hecho: versos, prosa. Y, además, que nos concediera usted permiso para copiar algunas cartas o fragmentos de las cartas que usted escribe para *La Nación*.

¿Recibió usted mis Rimas? Si puede usted, no deje de enviarme un ejemplar de su último libro —*Peregrinaciones*— que no he encontrado, y me ocuparé de él —no porque usted me lo mande, sino por mi propia placer— en el primer número de la revista, que saldrá, según ahora pensamos, el día 1º de abril.

No eche usted en olvido mis peticiones, mi querido maestro, pues ya sabe usted que le agradeceré sus envíos con toda mi alma.

Le abraza su verdadero amigo

Juan R. Jiménez.

S/c, Sanatorio del Rosario,

Príncipe de Vergara 14, Madrid.

P. S. Debo decir a usted que la revista sólo publicará versos de tres o cuatro poetas, y prosa de muy contados escritores.

dos «Impresiones de otoño»: «Campo» y «A un viejo y distinguido señor», y dos «Galerías»: «Arte poética» y «Los sueños». Alguno de estos poemas no fue incorporado por Machado al tomo de *Poesías completas,* y como los antes citados fueron exhumados por Dámaso Alonso en su artículo de *Cuadernos Hispanoamericanos.*

En esta época todavía Juan Ramón y Machado se llamaban de usted, mas, según la correspondencia declara, su amistad habíase hecho más íntima y se cambiaban poemas inéditos. En 1904 apareció *Jardines lejanos,* una de cuyas partes está dedicada a Antonio Machado. Correspondió éste con un poema a Juan Ramón, titulado: «Los jardines del poeta», que tampoco figura en *Poesías completas.*

Vemos cómo esta buena amistad se consolidaba mediante mutuas dedicatorias y daba lugar, por otra parte, a correspondencia relativamente frecuente.

Entre los papeles de Juan Ramón he visto una copia mecanografiada y preparada para publicación, que lleva un curioso comentario de Juan Ramón. Es la carta número 8 de esta serie, en donde Machado le dice a su amigo:

> Tiempo tendremos de escribir para el alma omnibus de los profesores y de la chusma, y seremos pulidos, retóricos y hasta castizos.

Juan Ramón apostilla así:

> En esta fecha Antonio Machado y yo nos hablábamos todavía de usted. *Helios* es la revista que hicimos Gregorio Martínez Sierra, Agustín Querol, Ramón Pérez de Ayala, Carlos Navarro Lamarca, Pedro González Blanco y yo. Antonio y Manuel Machado, Francisco Villaespesa y yo habíamos pensado publicar un libro con poemas de los cuatro. ¡Qué lejos estaba Antonio Machado de pensar, cuando me escribió esta carta, que pocos años después se saldría de sus espejos, galerías, sus laberintos maravillosos, mezcla confusa del simbolismo y de Bécquer, para enseñar francés con énfasis doctoral; para cantar los campos de Castilla con descripción excesiva, anécdota constante y verbo casticiero; para aceptar un sillón en la Real Academia Española; para pasar de la inmensa minoría a la castuoría inmensa!

En 1921 publicó Juan Ramón la revista *Indice,* y con este motivo volvemos a encontrar cartas de Machado que se refieren a su colaboración en ella. En primer término del

número cuatro de la revista apareció su poema «Olivo del camino», firmado en Campo de Córdoba, 1920. Fue *Indice* una de las revistas más curiosas de la época, porque en ella se dan la mano los poetas de dos generaciones: la modernista y la de 1925; Ortega, Azorín, Machado, junto con Jorge Guillén, Pedro Salinas, Antonio Espina, José Bergamín y otros. Solamente salieron cuatro fascículos, tal vez por falta de recursos, pues las colaboraciones eran de primer orden y la calidad de la publicación alcanzaba nivel muy elevado. Después de *Indice* publicó Juan Ramón los libros pertenecientes a la *Biblioteca de Indice,* pero nada en ellos referido a Antonio Machado, ni probablemente hubo nunca propósitos de que apareciera tomo suyo en esta publicación.

Ignoro si Juan Ramón intervino en la edición de las *Páginas escogidas* de Machado, publicadas por el editor Calleja en 1917, pues ésa es la época en que Juan Ramón trabajaba para él, y precisamente en ese año sacaba Juan Ramón en la llamada Biblioteca Calleja los *Sonetos espirituales* y el *Diario de un poeta recién casado.* El año anterior el mismo editor imprimió *Estío;* en 1918, *Eternidades,* y en 1919, *Piedra y cielo.* Es verosímil, por lo tanto, que la influencia de Juan Ramón pesara sobre el ánimo de Calleja, animándole a publicar la antología machadiana en la serie de tomitos encuadernados en que se publicaron las de Azorín, Leopoldo Alas y otros.

Cuidó asimismo la primera edición de las *Poesías completas,* publicada por la Residencia de Estudiantes en 1917, que se acabó de imprimir en el establecimiento tipográfico de Fortanet, en Madrid, el 11 de junio de 1917. Esta circunstancia consta por una ficha autógrafa hecha a este libro por Zenobia Camprubí, con ocasión de colocar el ejemplar dedicado a Juan Ramón en la Sala de la Universidad de Puerto Rico, donde ahora se encuentra.

Hay una anotación de Juan Ramón, fechada en julio de 1921, donde dice:

> Antonio Machado, este [falta una palabra] de poesía, se anduvo siempre buscando, y antes se encontraba siempre. Ahora se ha perdido a sí mismo. ¿Dónde se ha perdido a sí mismo, en Baeza, en Soria, en Segovia, en Madrid? Pero ya se encontrará, y si no se encuentra más, ya se ha encontrado bastante.

Juan Ramón le admiraba bien y, a la postre, lo prefería a Unamuno. En ocasiones parecía considerar más «impor-

tante» a éste, pero en el momento del balance definitivo optaba por Machado.

Las mutuas dedicatorias de poemas no se habían interrumpido en los años anteriores. Juan Ramón Jiménez dedicó a Antonio Machado, en *Laberinto,* publicado en 1913, un admirable poema, muy conocido por figurar en la *Segunda Antología Poética;* en el *Diario de un poeta recién casado* le ofreció el precioso «Nocturno», también recopilado en la *Antología.* Por su parte, Machado le dedicó «La tierra de Alvargonzález» (que no era, por cierto, poesía muy del gusto juanramoniano), en *Campos de Castilla,* 1912, y en la sección de «Elogios» del mismo libro incluyó (en ulteriores ediciones) la composición titulada «Mariposa de la sierra», dedicada a su amigo por *Platero y yo.* En total son cinco los poemas dedicados por don Antonio a Juan Ramón y dos los que éste le ofrendara, además de una parte de *Jardines lejanos,* como queda dicho. Pero no con eso queda cerrada la relación entre ambos poetas [8].

En 1936, Juan Ramón vivió un período de intensa creación. También Machado. Mientras el primero colaboraba asiduamente en *El Sol,* de Madrid, e iniciaba, con *Canción,* la publicación de toda su obra poética, nuevamente ordenada, el segundo publicaba otra edición (la cuarta) de *Poesías completas,* y la primera de *Juan de Mairena.* En el tomo de verso seguían figurando las composiciones dedicadas a Juan Ramón, y en el segundo no faltaban alusiones a éste, directas o indirectas. En el capítulo sexto, entre los proverbios y consejos de Mairena, leemos uno de clara reminiscencia juanramoniana, que dice así: «A la ética por la estética, decía Juan de Mairena, adelantándose a un ilustre paisano suyo», y al final del mismo capítulo hay un poema, también alusivo a Juan Ramón, titulado «Recuerdo Infantil»:

> Mientras no suene un paso leve
> y oiga una llave rechinar,
> el niño malo no se atreve
> a rebullir ni a respirar.
>
> El niño Juan, el solitario,
> oye la fuga del ratón,

[8] No he podido ver el «Antonio Machado» publicado en *España,* Madrid, el 5 de enero de 1924, citado en la bibliografía de *Cuadernos Hispanoamericanos* de Juan Guerrero y E. Casamayor. Supongo que es el luego recogido en *Españoles de tres mundos* y antes *Unidad* (1925).

y la carcoma en el armario,
y la polilla en el cartón.

El niño Juan, el hombrecito,
escucha el tiempo en su prisión:
una quejumbre de mosquito
en un fundido de peón.

El niño está en el cuarto oscuro,
donde su madre lo encerró;
es el poeta, el poeta puro
que canta: ¡el tiempo, el tiempo y yo!

No es el único poemilla del volumen en donde aparece una alusión a Juan Ramón, pues en el capítulo XXII sin duda se refiere a él este otro:

¡Quién fuera diamante puro!
—dijo un pepino maduro.
Todo necio
confunde valor y precio.

Sin embargo —añadía Mairena, comentando el aforismo de su maestro—, pasarán los pepinos y quedarán los diamantes, si bien —todo hay que decirlo— no habrá ya quien los luzca ni quien los compre. De todos modos, la aspiración del pepino es una verdadera pepinada.

No falta tampoco alguna alusión un tanto irónica y de sentido menos favorable que las reseñadas. En el capítulo XLIX se lee:

Entre el hacer las cosas bien y el hacerlas mal está el no hacerlas, como término medio, no exento de virtud. Por eso —decía Juan de Mairena— los malhechores deben ir a presidio.

¿Puede suponerse que Machado estaba pensando en la exigencia de pureza juanramoniana, que tal vez le pareciera excesiva? E incluso, creo, otro párrafo del mismo capítulo se refiere también a Juan Ramón. Es aquel en que, tras copiar unos versos de Heine, comenta Mairena:

Así expresa Heine la fe romántica en la virtud creadora que se atribuye al fondo oscuro de nuestras almas. Esta fe tiene algún fundamento. Convendría, sin embargo, entreverarla con la sospecha de que no todo son perlas en

el fondo del mar. Aunque esta sospecha tiene también su peligro: el de engendrar una creencia demasiado ingenua en una fauna submarina demasiado vistosa. Pero lo más temible en uno y otro caso para la actividad lírica, es una actividad industrial que pretenda inundar el mercado de perlas y de gusarapos.

Estas alusiones no debieron agradar a Juan Ramón, pues recortó las páginas correspondientes y las incorporó a su carpeta de *Artes a mí*, con la nota de: «Malas». Y hasta pienso si pudieron ser la fuente de algún resentimiento, manifiesto más tarde en comentarios un tanto despectivos acerca del atuendo y las costumbres de Machado.

En cambio, no pudo sino agradarle la referencia a su precepto lírico, recogida en uno de los apartados del capítulo XLVIII del *Juan de Mairena*. Vale la pena copiarla íntegramente:

> El encanto inefable de la poesía —dice Machado— que es, como alguien certeramente ha señalado, un resultado de las palabras, se da por añadidura en premio a una expresión justa y directa de lo que se dice. ¿Naturalidad? No quisiera yo con este vocablo, hoy en descrédito, concitar contra vosotros la malquerencia de los virtuosos. Naturaleza es sólo un alfabeto de la lengua poética. Pero ¿hay otro mejor? Lo natural suele ser en poesía lo bien dicho, y en general, la solución más elegante del problema de la expresión. *Quod elixum est ne assato*, dice un proverbio pitagórico; y alguien, con más ambiciosa exactitud, dirá algún día:
>
> No la toques ya más,
> que así es la rosa.
>
> Sabed que en poesía —sobre todo en poesía— no hay giro o rodeo que no sea una afanosa búsqueda del atajo, de una expresión directa; que los tropos, cuando superfluos, ni aclaran ni decoran, sino complican y enturbian; y que las más certeras alusiones a lo humano se hicieron siempre en el lenguaje de todos.

El 23 de febrero de 1936 apareció en *El Sol* de Madrid un breve comentario a las *Poesías completas* (cuarta edición) de Antonio Machado, suscrito por Juan Ramón Jiménez. Se incluye en el apéndice, por lo que es excusado glosarlo aquí. Juan Ramón escribió, además de este comentario, dos admirables retratos de su amigo. Uno figura en *Españoles de*

tres mundos; el otro, más extraordinario todavía, fue redactado en Miami, en 1939, publicado en el número 79 de la revista *Sur*, de Buenos Aires, y luego reproducido en otras.

Pero antes de comentar este texto singular debo referirme a uno de don Antonio que corresponde a la época de la guerra española.

En agosto de 1936, Juan Ramón salió de España, y al llegar a América hizo declaraciones manifestando sus simpatías por el gobierno de la República. A esta declaración le puso Machado un comentario que recojo en el apéndice y que fue, según creo, el último texto suyo relativo al autor de *Platero*. Este todavía le dedicó varios recuerdos. El primero en orden de fecha fue la comunicación enviada a *La Prensa* de Nueva York, el 27 de febrero de 1939, desde Miami, en la que decía lo siguiente:

> Un grupo numeroso de escritores, artistas, científicos españoles compañeros nuestros, están pasando hambre, frío, miseria completa en los campos de concentración que Francia ha destinado en su frontera del sur a los españoles salidos de Cataluña. Antonio Machado, nuestro gran poeta, símbolo alto de todos ellos, ha muerto allí, llenándonos a todos con su caída de sombra; y aunque sólo sabemos la primera noticia, estamos seguros de lo que ha muerto.

A continuación invitaba a los españoles e hispanoamericanos residentes en los Estados Unidos a ayudar a los intelectuales emigrados, y encabezaba una suscripción en favor de ellos con la suma de $ 40.00.

Fue en Miami también donde escribió y fechó el estremecedor recuerdo de Antonio Machado a que más arriba me refería. Es seguramente la página más impresionante dedicada al poeta, y lo es sobre todo por su final, donde Juan Ramón asocia a la figura de Machado las de Miguel de Unamuno y Federico García Lorca, «tan vivos de la muerte los tres, cada uno a su manera» y partidos «de diversa manera lamentable y hermosa también, a mirarle a Dios la cara». No puedo resistir el deseo de copiar aquí las palabras finales:

> Grande de ver sería —dice Juan Ramón— cómo da la cara de Dios, luna o sol principales, en las caras de los tres caídos, más afortunados quizá que los otros, y cómo ellos le están viendo la cara a Dios.

En 1944 publicó en *Cuadernos Americanos* de México, número 4, julio-agosto, bajo el título de «Un enredador enredado» un artículo dedicado a Antonio Machado, en el que sienta la tesis de que en éste se unen tres poetas: el discípulo de Rubén Darío, el discípulo de Bécquer y el castizo, que le parecía más vulgar y de menor interés que los otros. Se incluye también en el apéndice.

Nunca olvidó Juan Ramón al viejo amigo, y en sus clases sobre el Modernismo, en conferencias y conversaciones, no dejó de mencionar a Unamuno y a Machado como los dos más altos poetas de este siglo.

He procurado reunir los textos más significativos, con objeto de que el lector se dé cuenta de la importancia que hasta el final concedió el autor de *Diario de un poeta recién casado* al de *Soledades*. La última lectura pública que hizo Juan Ramón, en la Universidad de Puerto Rico, en abril de 1954, versó sobre el tema «El Romance, río de la lengua española», comentando desde el principio aquella admirable canción machadesca que tanto se complacía en citar:

> En un jardín te he soñado,
> alto, Guiomar, sobre el río,
> jardín de un tiempo cerrado
> con verjas de hierro frío.

A última hora había, creo yo, en Juan Ramón un sentimiento ambivalente hacia Machado; pero su claro juicio crítico no le engañaba cuando, en definitiva, le hacía preferirlo a cualquier otro poeta de nuestro tiempo. ¡Grande don Antonio Machado y grande también Juan Ramón Jiménez! Ellos dos y don Miguel de Unamuno situaron de nuevo a la poesía española en el nivel de grandeza que por fortuna conserva, pues quienes vinieron después, inspirados en su ejemplo, han sabido lograr desde otro clima o prolongando el anterior, poesía verdadera y duradera. Es una realidad el que, para la poesía española, los primeros cincuenta años del siglo XX fueron años áureos, de plenitud, variedad y riqueza.

La Torre, núm. 25, San Juan de Puerto Rico, enero-marzo, 1959.